

Naturaleza, criollos y ciudades

Por *Hernán G. H. TABOADA**

*Si se opone la Naturaleza, lucharemos
contra ella y la haremos que nos obedezca.*

Simón Bolívar, 1812

1. En el centro la ciudad

POR DIVERSOS MOTIVOS las sociedades surgidas de la conquista española del Nuevo Mundo fueron urbanocéntricas: lo muestra el afán fundador de ciudades, así como las riquezas oficiales y privadas vertidas para su lucimiento. La arquitectura fue siempre la primera de las artes¹ y sus realizaciones con el correr del tiempo dieron lugar al convencimiento criollo de una magnificencia superior a famosas capitales europeas: “si París tuviera un Paseo de Montejo sería una Mérida chiquita”. Si bien menos hiperbólicas, las expresiones en el mismo sentido de viajeros extranjeros nos permiten pensar que además del orgullo patrio alguna realidad las suscitaba.

En el origen de dicha centralidad había tradiciones de remota antigüedad en el Viejo Mundo: el Poema de Gilgamesh, el pensamiento político clásico, los viajes de Sindbad, las descripciones de Marco Polo o el cuento de Caperucita Roja reiteran la idea de una armonía y excelencia urbana en contraste con el horror y el caos de los campos, los desiertos y los bosques. Estas cualidades convertían además a la ciudad en la estructura política primordial, que emanaba espontáneamente del instinto social del hombre. Cargados negativamente venían los vocablos asociados al campo —“rústico”, “villano”, “majadero”, prolongados en el “ranche-ro” o “payuca” americanos— en contraste con el ámbito semántico de la “civilización” y la “urbanidad”. La historiografía en este medio nacida no sólo fue urbanocéntrica, sino también urbanófila para representantes tan disímiles como Giovanni Botero, Henri Pirenne o Vere Gordon Childe, quienes coinciden en ver a las ciudades como foco de toda realización positiva y motor del cambio histórico.

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@servidor.unam.mx>.

¹ Lo nota Robert Allen Humphreys, *Tradition and revolt in Latin America and other essays*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969, p. 3.

Quizás también las antiguas civilizaciones americanas compartieran esta valoración. En todo caso fue combinada con las ideas y lenguaje traídos por la conquista, que reclutaron aquí continuadores entusiastas: siguiendo el nombrado pensamiento político clásico, Juan de Solórzano y Pereyra entre muchos había aconsejado la organización en ciudades para el gobierno de los indios. No era raro el elogio literario de los espacios urbanos (subgénero además de antigua tradición), que asoma en obras tan diversas como la poesía del criollo Bernardo de Balbuena —cantor de la Ciudad de México y aborrecedor del “campo torpe y pueblo rudo”— y en la escritura del indio Huamán Poma de Ayala, pero sobre todo en los dibujos de su *Nueva crónica y buen gobierno*. Tras el elogio y la poetización, la novelización de la ciudad, tan difundida desde *El Periquillo Sarmiento* (1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi, la “primera novela latinoamericana”, que Benedict Anderson considera también una precursora obra “nacionalista”, en cuanto su circuito es el territorio de Nueva España;² una mirada más cercana comprueba que su centramiento son las *ciudades* grandes y pequeñas del Valle de México y sus inframundos: monasterios, cárceles, hospitales y cortes de los milagros. El ensayo y la historiografía estuvieron representados por ensalzadores de la ciudad desde Domingo Faustino Sarmiento en el siglo xix hasta su coterráneo el historiador José Luis Romero en el xx.

Crónicas, descripciones, poemas, narrativa o historia nacían en la que Ángel Rama llamó “ciudad letrada”, el sector de “intelectuales” (anacrónicamente hablando) cuyo número e importancia eran desproporcionados en relación con las bases económicas y sociales de las colonias españolas.³ Ellos y su público urbano —minúsculos núcleos perdidos entre inmensidades que ignoraban— sintieron la necesidad de afirmar la civilización por encima de la naturaleza que los sitiaba, especialmente cuando la independencia inició un periodo de decadencia urbana: los *Recuerdos de provincia* (1850) de Domingo Faustino Sarmiento son una crónica de dicha decadencia, que además atestiguaron los visitantes de entonces y comprueban los historiadores de ahora. Los criollos consideraron ese entorno un paisaje incompleto, como era la Patagonia o el Chaco que presentaban los primeros manuales de geografía argentina o las exposiciones internacionales,⁴ un

² Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993, pp. 52ss.

³ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

⁴ Carla Mariana Lois, “La invención del desierto chaqueño: una aproximación a las formas de apropiación simbólica de los territorios del Chaco en los tiempos de formación

entorno asociado con las clases plebeyas que nutría y con las bajas pasiones que las caracterizaban.

Si para eliminar la barbarie plebeya la ciudad criolla echó mano de los tratados de buenos modales, la prensa, la tribuna y las primeras novelas nacionales,⁵ contra la naturaleza fue más radical con propuestas como la eliminación de los cocodrilos del río Magdalena por ser fauna propia del África, y que todavía para Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*, 1929) representan la barbarie al mismo nivel que el mundo llanero circundante.⁶ En forma paralela se llamaba a domesticar simbólicamente la naturaleza: definir sus fronteras,⁷ levantar mapas, como exigía José Cecilio del Valle en Centroamérica (1825), reunir colecciones en los museos.⁸ Propuestas que en todos nuestros países llevaron a notables esfuerzos, como el que resultó en la compilación del *Diccionario de Historia y Geografía de México* (1853) o en el envío de la Comisión Corográfica de Colombia, cuyas láminas hallaron un público interesado.⁹ Inventarios, colecciones, descripciones, debe notarse, seguían las fronteras a veces muy artificiales de los Estados. Se ha visto que los compendios de historia de Venezuela posteriores a 1830 fueron concebidos como apéndice de obras de geografía y estadística.¹⁰ Parecido carácter ancilar tiene la historia en otras de nuestras repúblicas.

y consolidación del Estado nación argentino”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Universidad de Barcelona), núm. 38 (15 de abril de 1999), en DE: <<http://www.ub.es/geocrit/sn-38.htm>>; Pedro Navarro Floria, “Un país sin indios: la imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente Estado argentino”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Universidad de Barcelona), núm. 51 (noviembre de 1999), en DE: <www.ub.es/geocrit/sn-51.htm>.

⁵ Beatriz González Stephan, “The teaching machine for the wild citizen”, en Ileana Rodríguez, ed., *The Latin American subaltern studies reader*, Durham/Londres, Duke University Press, 2001, pp. 313-340.

⁶ Jacques Gilard, “Le débat identitaire dans la Colombie des années 1940 et 1950”, *Caravelle* (Université de Toulouse), núm. 62 (1994), pp. 11-26.

⁷ Marisa Moyano, “La fundación ideológica de las literaturas nacionales: literatura y territorialización en el siglo XIX argentino”, *Cuyo* (Universidad Nacional de Cuyo), núm. 18-19 (2001-2002), pp. 51-61.

⁸ Victor Manuel Rodríguez, “La fundación del Museo Nacional de Colombia: ambivalencias en la narración de la nación colombiana”, *Nómadas* (Bogotá, Fundación Universidad Central), núm. 8 (1998), pp. 76-87; Patience A. Schell, “Capturing Chile: Santiago’s Museo Nacional during the nineteenth century”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 10 (2001), pp. 44-65.

⁹ Olga Restrepo, “Un imaginario de la nación: lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 26 (1999), pp. 30-58.

¹⁰ Nikita Harwitt Vallenilla, “La historia patria”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra, coords., *Inventando la nación: Iberoamérica siglo XIX*, México, FCE, 2003, pp. 533-545, p. 536.

2. La despreciada naturaleza

Las herencias filourbanas tuvieron el correlato de un acusado desdén hacia la naturaleza, considerada sólo en su aspecto utilitario, deseada sólo como explotable fuente de riqueza,¹¹ percibida como hostil y definida por sus carencias: el *desierto*, tal como se llamaba en el sur a la Pampa y al Chaco, territorios que en realidad albergaban población,¹² lo mismo que el sertón brasileño, que posiblemente tiene un análogo parentesco etimológico con el *desierto*.¹³ Nada extraño que una tradición ecocida nos caracterice: sus hazañas más resonantes tuvieron como teatro las islas del Caribe, paradisiacas en el momento de la llegada europea y hoy ejemplos de devastación cuyo extremo es Haití. Pocos autores se han detenido en este aspecto de nuestra historia, descuido que ya es en sí significativo.¹⁴

Espigando entre ejemplos: Francisco Javier Clavijero trae noticia de la huerta que el rey Moctecuzoma tenía en Iztapalapa, objeto de admiración y que el insigne naturalista Francisco Hernández (1517-1587) alcanzó a ver. Éste mencionó varios árboles y plantas que el tlatoani hizo trasplantar de otros países y anotó el cuidado de los mexicanos “en la conservación de los bosques”, contrastando con la destrucción operada por los conquistadores, el descuido del cultivo de los jardines y sitios deliciosos de los reyes de México, el estado lamentable de la tierra y la “libertad en el desmonte de los bosques” por los labradores.¹⁵ Años después, una novela cubana verificaba un abandono

¹¹ María Rachel Fróes da Fonseca, “La construcción de la patria por el discurso científico: México y Brasil (1770-1830)”, *Secuencia* (México), n.e., núm. 45 (1999), pp. 5-26.

¹² El prejuicio parece tener una genealogía antigua: ya los griegos consideraban deshabitadas a islas pobladas por bárbaros; por otro lado, el viejo temor de los egipcios al desierto como morada de dioses malignos (Set y sus salvajes sirvientes) se trasladó a los Padres anacoretas que veían el desierto como morada del Demonio y teatro de sus tentaciones.

¹³ Janaína Amado, “Região, sertão, nação”, *Estudos Históricos* (Río de Janeiro), vol. 8, núm. 15 (1995), pp. 145-151, en DE: <<http://www.cpdoc.fgv.br/revista/arq/169.pdf>>. El naturalista alemán Philippi, organizador del primer museo chileno, alentaba a la exploración del territorio “virgen” de Chile, territorio que en realidad estaba poblado (claro que por indios), Schell, “Capturing Chile” [n. 8].

¹⁴ He encontrado datos en algunos libros, como José Luis Salcedo Bastardo, *Historia fundamental de Venezuela*, 4ª ed. revisada, Caracas, Universidad Central de la República, 1972, pp. 483ss, capítulo “Desolación física”; o Gilberto Freyre, *Sobrados e mucambos: decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano* (1936), 5ª ed., Río de Janeiro, José Olympio, 1977, p. 21.

¹⁵ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (1780-1781), Mariano Cuevas, pról., edición del original escrito en castellano por el autor, México, Porrúa, 1982, lib. 5, 2, p. 130, lib. 7, 30, p. 232.

no parecido: “No había en Puerto-Príncipe en la época de nuestra historia grande afición a los jardines: apenas se conocían, acaso por ser todo el país un vasto y magnífico vergel formado por la naturaleza y al que no osaba el arte competir”.¹⁶

De la extensión de dicho sentimiento a las capas más bajas de la población nos hablan algunos hechos: en México, durante la Colonia, se consideraba que los árboles ejercían una influencia dañina y se los cortaba. Para otro país y medio sirven las anotaciones de Luis Oyarzún sobre sus compatriotas: al denunciar el deseo de derribar todos los árboles (y de exterminar a todos los indígenas) manifestado a un visitante extranjero por un guía que lo acompañaba en los verdeantes bosques del sur, Oyarzún glosa que “el chileno proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. Él no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva [...] son muy pocos los que conocen los nombres de los árboles o las flores y sólo la afición por la caza les permite denominar a los animales más comunes”.¹⁷

Complementando estas actitudes de las élites criollas y de las capas populares urbanas hallamos paralelo descuido por la vegetación entre los ganaderos. Proverbiales al respecto son los gauchos argentinos, lo cual fue notado muchas veces: al recordar su niñez en la pampa, Guillermo Enrique Hudson señalaba que nadie plantaba árboles, detalle que aparece en cuentos de ese conocedor de las tradiciones argentinas que fue Jorge Luis Borges, quien además acertó al aclarar que las descripciones del paisaje en obras gauchescas como *Fausto* o *Don Segundo Sombra*, a diferencia del *Martín Fierro* (1871) “parecen ajenas a la índole del paisano, para quien el cielo, por ejemplo, sólo existe como profecía de lluvia o de buen tiempo”.¹⁸ Profundizando en el tema desde la lingüística, Amado Alonso notó hacia 1930 que los gauchos rioplatenses sufrían una singular pobreza del lenguaje botánico, donde están ausentes los nombres de flores y la vegetación es reducida a las cuatro categorías básicas de “pasto”, “cardos”, “paja” y “yuyos”, pobreza que contrasta con el riquísimo vocabulario relativo al caballo y su pelaje y que Alonso explica como consecuencia de una

¹⁶ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab* (1841), Catherine Davis, ed., Manchester/ Nueva York, Manchester University Press, 2001, cap. 6, p. 77. Escrita entre 1836 y 1841, la novela sitúa su acción hacia 1818, que sería la época en que no se conocían jardines en Cuba.

¹⁷ Luis Oyarzún, *Diario íntimo*, Santiago, Universidad de Chile, 1995, p. 329.

¹⁸ Jorge Luis Borges (con Margarita Guerrero), *El Martín Fierro* (1953), en *Obras completas en colaboración*, vol. 2, Madrid, Alianza, 1983, pp. 65-119, p. 92.

especialización económica ganadera.¹⁹ A dicha tradición criolla se refiere Gabriela Mistral al considerar que “el vocabulario hispanoamericano corriente es de una miseria que puede llamarse desértica”.²⁰

Sólo encontraba favor en las casas criollas la naturaleza reducida a los límites de un patio con macetas, ese primor de los balcones limeños, especialmente si albergaban especies extranjeras. Esta predilección es significativa. Descubre al respecto Gilberto Freyre que, desde las primeras décadas del siglo XIX, las flores europeas pasaron a desplazar en el gusto de las élites urbanas a las flores locales, “con olor a negros”.²¹ Algo que sorprendió al alemán Adolfo Ernst —asentado en Venezuela y estudioso de la flora local en los primeros números de *El Cojo Ilustrado* (1892-1915)— cuando en una ocasión llevó a una reunión un ramillete de flores que fue admirado hasta que se comprobó que eran especies locales: “¡Oh, eso es monte!”²²

Por supuesto, no imperaba la misma actitud entre otras poblaciones amerindias, mestizas o afroamericanas, herederas de amplios y variados conocimientos sobre la flora y fauna, que se traducen hasta hoy en un extenso y colorido vocabulario botánico, en refranes y tradiciones que reflejan el amor a la naturaleza y en técnicas y recetas tan sofisticadas que han suscitado la biopiratería de las empresas multinacionales. También hubo colonizadores de fuerte espíritu campesino: los “portugueses viejos” que Gilberto Freyre oponía a los “enemigos de la agricultura” en la historia de Brasil.²³ Sin embargo, el resultado más frecuente de la conquista europea fue el arrinconamiento de las culturas cazadoras y recolectoras, el avasallamiento de las agrícolas y el predominio social urbano-minero-ganadero, lo cual resultó en el encumbramiento de sus visiones del mundo.

Algo parecido, y quizás podríamos hablar de alguna herencia, se ha dicho de la cultura del Islam clásico. Para ella en sus siglos de oro la

¹⁹ Amado Alonso, *Estudios lingüísticos: temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 65ss; véase el sagaz comentario de Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, México, Siglo XXI, 1979, p. 70.

²⁰ Véanse las consideraciones de Gabriela Mistral y de otros autores en Richard Morse, “La lengua en América”, en su *Resonancias del Nuevo Mundo*, Enrique Krauze, pról., México, Vuelta, 1995, pp. 27-101, pp. 84ss.

²¹ Freyre, *Sobrados e mucambos* [n. 14], p. 458.

²² Guillermo Korn, “Del positivismo al modernismo en la prensa venezolana: *El Cojo Ilustrado*”, en Ismael Puerta Flores, et al., *Historia de la cultura en Venezuela*, Caracas, ucV, 1956, tomo 2, pp. 51-72, p. 59.

²³ Gilberto Freyre, “Raíces europeas de la historia brasileña”, en Leopoldo Zea, comp., *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, FCE, 1993, vol. 2, pp. 557-573, pp. 562-563.

ciudad era considerada el ámbito por excelencia, donde pueden cumplirse adecuadamente los ritos religiosos y ejercerse la noble función del comercio, a la que estuvo dedicado el profeta Muhammad. Al mismo tiempo la poesía islámica, poco atenta a la naturaleza, ensalza continuamente al beduino, pastor nómada, guerrero y orgulloso, adornado por las mejores virtudes. Contrastando con ambos, el cultivador es figura poco apreciada y objeto de sarcasmos, tanto que su nombre árabe de *fellah* ha sido adoptado en la literatura sociológica para caracterizar al campesino más explotado.²⁴

Variantes ambos de viejas tradiciones, se abre sin embargo una gran diferencia entre el mundo islámico y el criollo: la importancia que en aquella civilización tenían las ciudades era resultado de su posición central en los circuitos mercantiles y manufactureros del Viejo Mundo, en cambio la hipertrofia de las ciudades americanas coloniales derivaba de la residencia en ellas de clases terratenientes ausentistas y de una abundantísima plebe parasitaria y ociosa, típica antaño de urbes cortesanas y ganaderas y hoy de las aglomeraciones del Tercer Mundo. Esta posición dio en una característica y perdurable contradicción en el acervo cultural criollo.

3. Los cantores de la Arcadia

LA contradicción se descubre al observar el persistente flujo de corrientes literarias e ideológicas empeñadas en asignar un lugar central a la naturaleza y en inventar a partir de ella un paisaje. Se ha dicho que ya desde las primeras cartas de Colón y la literatura de la Colonia, luego con creciente nitidez en escritos que transmiten la idea de una relación especial entre los criollos y la naturaleza,²⁵ pero con evidencia sólo se muestra esta corriente a partir de una serie de producciones de época iluminista, ya fueran obras eruditas que aspiran a la descripción, estudio y clasificación de la naturaleza, tal fue la de muchos jesuitas expulsados, o trabajos literarios como la *Rusticatio Mexicana* (1781), poema evocativo en latín del guatemalteco Rafael Landívar. El discurso sobre

²⁴ Tesis ya apuntada por Gustav von Grunebaum, "The structure of the Muslim town", en *Islam: essays in the nature and growth of a cultural tradition*, Nueva York, Barnes & Noble, 1961, pp. 141-158, y profundizada en los libros del geógrafo francés Xavier de Planhol, *Le monde islamique: essai de géographie religieuse*, París, PUF, 1957; *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, París, Flammarion, 1968; *Las naciones del Profeta*, Barcelona, Bellaterra, 2000.

²⁵ Ya en Juan de Cárdenas y Juan López de Velasco, según Carmen Bernand, "De lo étnico a lo popular: circulaciones, mezclas, rupturas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (EHESS/CNRS), núm. 6 (2006), en DE: <<http://nuevomundo.revues.org/document1318.html>>.

la riqueza americana ya no se apoyó en sus minerales preciosos sino en las posibilidades de su agricultura y ganadería.²⁶

El fenómeno es relevante después de las luchas por la independencia. Las ilustraciones de la inicial prensa republicana se referían principalmente a la historia y al paisaje domesticado de Europa, reservando un lugar secundario para América, vista como naturaleza.²⁷ Monedas, estatuas, escudos y hasta himnos (el chileno, el brasileño) echaron mano de símbolos que hacían referencia al cielo diurno o estrellado, al reino mineral, vegetal o animal: los tres colores de Bolivia se interpretaron como alusivos a ellos, en otras banderas también quisieron verse símbolos análogos, como en el celeste de la bandera argentina. Y por lo demás pulularon cóndores, nopales, llamas, quetzales y volcanes. La referencia a la naturaleza devino puntal de los proyectos literarios, cuyo ejemplo más obvio es el de Andrés Bello, que en Londres, lejos de su Venezuela y de la lucha, proponía tomar a los campos y bosques de América como motivo principal de inspiración. Después de Bello la propuesta se convirtió en moneda corriente de la preceptiva y la producción literaria criolla: de nuestros territorios hay que extraer riqueza y poesía, opinaba el argentino Esteban Echeverría.²⁸ En Brasil un sentimiento similar dio lugar al ufanismo y al edenismo, dos formas del orgullo por la superioridad del cielo y la tierra brasileños.

No exhibían mucha originalidad: desde tiempo atrás los europeos habían explicado a América como región de naturaleza ubérrima, ya paradisiaca, ya agobiante. Los señalamientos son numerosos, y la hoy olvidada ciencia de la iconología hizo del rasgo un símbolo: en el tratado de Cesare Ripa (1560-1623), la mujer llamada Europa aparece rodeada de objetos que representan el saber y la ciencia, mientras otros que representan la riqueza rodean la de Asia, pero América está desnuda. Como África, pero ésta tiene como escenario un desierto, mientras la primera se asienta frente a paisajes lujuriantes. Posteriores tratados iconológicos mantuvieron la convención y las nuevas sensibilidades desde el siglo XVIII favorecieron tal imaginario. La historia posterior de esta representación ha sido abundantemente estudiada:

²⁶ Jorge Cañizares Esguerra, "Nation and nature: natural history and the fashioning of Creole national identity in late colonial Spanish America", en DE: <<http://lasa.international.pitt.edu/LASA97/canizares.pdf>>.

²⁷ Tomás Pérez Vejo, "La invención de una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)", en Laura Beatriz Suárez de la Torre, ed., *Empresa y cultura en tinta y papel*, México, Instituto Mora, 2001, pp. 395-408.

²⁸ Véanse las observaciones de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "Esteban Echeverría, el poeta pensador", en *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, s.l, Ariel, 1997, pp. 17-81.

Humboldt, Chateaubriand, los numerosos viajeros o un pintor como Moritz Rugendas conformaron en el siglo XIX un abundante *corpus* descriptivo, el cual posteriormente dio lugar a las primeras guías de turismo, luego a enciclopedias, poemas, estampas, películas, cromos publicitarios, historietas o telenovelas.

Por todos estos caminos se asentó la comentada noción, que fue llamada a explicar la producción literaria misma, por lo cual los estudios pioneros sobre nuestra literatura, los de Marcelino Menéndez Pelayo y Juan Valera en el XIX, asentaron el lugar común, que perdura, sobre la naturaleza como protagonista de nuestros escritos, a diferencia de Europa, donde lo es la historia. Tal ejemplo más del eurocentrismo imperante ha terminado por influir la escritura misma de los americanos, quienes han considerado como obligatoria esta división de tareas: si los europeos decían que éramos naturaleza, nos ateníamos a dicha norma y nos esforzábamos en escribir sobre ella, por lo cual podían los críticos comprobar sus intuiciones.²⁹

Resultado de tanta receta fue una paradoja que notó en su momento el argentino Eduardo Mallea:

sólo el campo argentino ha tenido hasta hoy expresión artística [...] En estas evocaciones es el paisaje lo que primó; el hombre, psicológicamente, fue transportado en su forma más elemental. El habitante de la ciudad, en cambio, permanece sin haber sido trasplantado a la literatura. Pero en el dominio de lo real sucede precisamente lo contrario; en la vida argentina es el hombre de la ciudad el que habla; el habitante del campo está refugiado en su silencio.³⁰

4. Una esquemática naturaleza

Al comprobar que la figuración y prioridad que resalta Mallea para Argentina se hallan también en otras literaturas latinoamericanas, debemos preguntarnos por los impulsos y resultados de un esfuerzo tan sostenido contra la profunda vocación urbana que al principio comenté.

En efecto, no fue fácil la tarea de reducir la naturaleza a cuadros, descripciones y metáforas: “en paisaje no se adivina ni se inventa”, alertaba el mexicano Ignacio Manuel Altamirano, que por otro lado lamentaba tener que juzgar de arte sin haber frecuentado museos, con

²⁹ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, p. 17; Rafael Gutiérrez Girardot, “El tema de la naturaleza en la literatura hispanoamericana”, *Eco* (Bogotá), 32-33:198-200 (1978), pp. 888-896.

³⁰ Eduardo Mallea, *Conocimiento y expresión de la Argentina* (1935), en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1961, vol. 1, pp. 63-80, p. 71.

la sola guía de “¡la pobre naturaleza!”.³¹ Quien sí los había frecuentado en Europa, el peruano Manuel González Prada, ordenaba ir más allá de la prolija enumeración de la flora y fauna, o la reproducción fotográfica del paisaje, casi igual en todas partes.³² Seguir este consejo fue faena ardua y con extrema lentitud la suma de empeños permitió que el territorio americano fuera nombrado y narrado, como por ejemplo la Pampa, referencia espacial que emergió muy paulatinamente.³³

Pero los resultados fueron inseguros, para aquilatar lo cual no hay nada mejor que el reproche que cada generación hace a la anterior de escaso conocimiento directo de la naturaleza y copia libresca de lo ajeno. En lo cual aciertan. Vemos en efecto que los cronistas y los poetas de la Colonia echaban mano de descripciones derivadas de los clásicos grecolatinos, con lo cual aparecía el elogio de especies que son, o eran entonces, en nuestras extensiones inexistentes, o con nombres asignados arbitrariamente a partir de otros provenientes del Viejo Mundo.³⁴ Éstos por otro lado no siempre se entendían correctamente: Pedro Henríquez Ureña descubrió que el chileno Pedro de Oña canta a renglón seguido “zalces” y “sauces” ignorando que se trata del mismo árbol.³⁵ El neoclasicismo copió de griegos y romanos la descripción de la naturaleza, no el sentimiento, escribía Ricardo Rojas.³⁶ La falta de una novela colonial se ha atribuido a esta imposibilidad narrativa de nombrar lo americano, y el consiguiente escape por medio de la poesía, que lo disfrazaba.

Consejos como los de Andrés Bello significaron entonces una crítica a los padres neoclásicos, pero no eximieron de perseverar en una naturaleza esquemática, en el eterno canto a la agricultura de la zona

³¹ Ignacio Manuel Altamirano, “El Salón en 1879-1880” (1880), en *Escritos de literatura y arte*, José Luis Martínez, sel. y notas, México, CNCA, 1989 (*Obras completas de Ignacio Manuel Altamirano*, tomo 14), pp. 116-117, p. 130.

³² Manuel González Prada, Conferencia en el Ateneo de Lima (1885), en *Páginas libres. Horas de lucha*, Luis Alberto Sánchez, pról. y notas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 17-18.

³³ Hugo Gaggiotti, “La Pampa rioplatense, un espacio degradado en el imaginario hispano-criollo”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Universidad de Barcelona), núm. 17 (1° de marzo de 1998), en DE: <<http://www.ub.es/geocrit/sn-17.htm>>.

³⁴ Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964, p. 12; Rosa Perlmutter, “El paisaje idealizado en *La Araucana*”, *Hispanic Review*, 54.2 (1986), pp. 129-146.

³⁵ Pedro Henríquez Ureña, “Cosas de las Indias” (1940), en *La utopía de América*, Rafael Gutiérrez Girardot, pról., Ángel Rama, comp. y cron., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 108n.

³⁶ Ricardo Rojas, “La literatura argentina” (1913), reproducido en *Cuyo* (Universidad Nacional de Cuyo), vol. 21/22 (2004/2005), p. 317.

tórrida, que Rubén Darío lamentó,³⁷ en una producción que siguió inspirándose en lo leído y no en lo mirado. El mismo Niágara fue descrito por José María de Heredia (1824), que estuvo en el lugar, de acuerdo con el modelo de *Atala* (1801) de Chateaubriand, obra muy traducida, leída, citada y parafraseada entre nosotros. Siguiendo la misma paradoja, las descripciones de los primeros viajeros ingleses se constituyeron en una auténtica invención de nuestros países, lo cual muestra la repetición de sus motivos en los comienzos de la literatura argentina, como el entorno paradisiaco de Tucumán.³⁸ Una fuente de inspiración extranjera también conoce la obra pictórica de una serie de notables paisajistas latinoamericanos del siglo XIX.

Con ello, hay abundancia de resultados poco convincentes. Como la de Jorge Isaacs en *María*, ninguna incomodidad presenta la selva ecuatoriana que nos describe José León Mera en *Cumandá* (1879). Más que describir la naturaleza, Felipe Pardo y Aliaga la enumera, juzgaba José de la Riva Agüero en su historia de la literatura peruana. Los relatos históricos parecen tener lugar en una corografía abstracta, que era también mero escenario de batallas en la pintura épica, como los primeros cuadros del venezolano Martín Tovar y Tovar (1827-1902). El paisaje está subordinado al acontecimiento bélico, como en las batallas que describe Alonso de Ercilla en *La Araucana*, de las cuales, como criticaba Felipe Gómez de Vidaurre, “no sabemos sino por el título que han sucedido en Chile”.³⁹

5. La idealización terrateniente

No era ignorancia únicamente, los criollos conocían bien ciertas realidades, pero las ocultaban: aunque mencioné la ausencia de incomodidades en los bucólicos paisajes de *María*, éstos fueron descritos entre el barro y la humedad en que debió arrastrarse Jorge Isaacs al servicio del gobierno en inhóspitas junglas. He hablado de la influencia de los preceptistas de la Europa, que nos llevó a imaginar a nuestros países como ellos querían que fueran, y a esforzarnos para traducirlos a sus términos. Poder de convicción respaldado por la creencia

³⁷ Antonio Benítez-Rojo, “Nacionalismo y nacionalización en la novela hispanoamericana del siglo XIX”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (CELACP), año 19, núm. 38 (1993), pp. 185-193.

³⁸ Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, 2ª ed., México, FCE, 2003.

³⁹ José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905), Víctor Andrés Belaunde, introd. general, en *Obras completas*, Lima, Pontificia Universi-

eurocéntrica acerca de una historia humana que transita por una sola vía, que es la europea, convirtiendo a los demás caminos en anécdota o aberración, o en comienzo, es decir pura naturaleza.

Sin embargo, algo más debía intervenir para convencernos, y lo último que dije nos acerca a otra clave: si ellos tenían historia, entonces la naturaleza era lo que nos diferenciaba, quizás lo único en que los superábamos. Pontificando en una carta particular las bellezas de Italia, el neogranadino Francisco de Paula Santander agrega que sin embargo es país mediocre en cuanto a su naturaleza “para nosotros que hemos visto en nuestra América la más hermosa naturaleza de la tierra, la fertilidad más asombrosa, el clima más benigno”.⁴⁰ Por los mismos años, al confesar “el atraso en que entre nosotros se hallan las bellas artes”, un ficticio carácter retratado por el mexicano Carlos María de Bustamante suplicaba ante una pareja inglesa: “Fijen su atención en la bella naturaleza que en este momento se nos presenta ufana y en todo su esplendor. ¿Han visto ustedes un mes de diciembre en Europa semejante al que hoy gozamos en este país de ventura? Oigan ustedes los dulces quejidos de las tórtolas y el canto de los pájaros como en la más hermosa primavera”.⁴¹ Comparaciones compensatorias como éstas hay a montones.

Rasgo diferenciador, la naturaleza era también la única realidad estable en un mundo que cambiaba rápidamente ante los ojos de todos y aseguraba una mayor neutralidad frente a las variaciones históricas y culturales debidas a la civilización,⁴² por lo cual podía producir sentimientos de unidad aprovechables para programas de regeneración nacional y social. Los jóvenes entusiastas que fundaron en Perú las Universidades Populares sintieron la necesidad de realizar excursiones en compañía de obreros, para alentarlos a que apreciaran la naturale-

dad Católica del Perú, 1962, vol. 1, p. 114; Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, 2ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1989, p. 95; Joseph Dager Alva, “La construcción de la memoria: historia nacional y proyecto burgués en el Perú del siglo XIX”, en Carmen McEvoy, ed., *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*, Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2004, pp. 345-390. La última pintura de Tovar y Tovar muestra estudio del paisaje, véase el artículo en la *Gran Enciclopedia de Venezuela*, Caracas, Globe, 1998, tomo 3, p. 724.

⁴⁰ Carta del 12 de diciembre de 1830, en *Cartas y mensajes del general Francisco de Paula Santander*, Roberto Cortazar, comp., Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1955, vol. 8, p. 99.

⁴¹ Carlos María de Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México* (1835), reimpr., México, INBA, 1986, tomo 1, p. 2.

⁴² Thomas Ward, *La resistencia cultural: la nación en el ensayo en las Américas*, Lima, Universidad Ricardo Palma, 2004, p. 141.

za, especialmente la belleza del campo peruano.⁴³ No olvidemos que los intelectuales gustan utilizar “símbolos generales y abstractos que se refieren al hombre, la sociedad, la naturaleza y el cosmos”,⁴⁴ como materia prima en los debates internos.

Si lo pensamos, los obreros peruanos que debían ser encauzados a la contemplación de la naturaleza posiblemente no tuvieran para ella los mismos ojos que los esperanzados estudiantes que los guiaban, del mismo modo que los peones mexicanos no considerarían un país de ventura aquel que Bustamante señalaba a la señorita mexicana y al matrimonio inglés de marras. Eran apreciaciones criollas, detrás de las cuales yacía un universo de sentimientos. Un historiador norteamericano habla de

la afinidad que despertaba en sus lectores hacia la idílica vida del campo en que se entrelazaban la gente y la naturaleza, en que los papeles sociales estaban bien definidos y se aceptaban sin cuestionar, en que los valores de las relaciones humanas tenían prelación sobre los negocios y la ambición, y en que prácticamente se desconocía la alienación. Tales haciendas patriarcales simbolizaban la sociedad modelo para muchos escritores latinoamericanos.⁴⁵

No es una anotación aislada sobre los ocultos resortes detrás del amor al paisaje patrio. Interpreta Robert Bazin, a la zaga de lo dicho por Jean-Paul Sartre, que “los propietarios imaginan fácilmente que sus almas se adornan con los encantos y virtudes de su suelo”.⁴⁶ Por su lado Severo Martínez Peláez descubre cómo las anotaciones paisajistas de la *Recordación florida* de Antonio Fuentes y Guzmán (siglo xvii), teñidas de subjetividad, son propias de quien mira la tierra desde una posición dominante, no de quien sufre trabajándola.⁴⁷ Un origen similar encontraba Luis Alberto Sánchez en el paisajismo bastante extraordinario para la época (en literatura y pintura) de Juan de Arona: si se detiene morosamente sobre los campos y árboles es con regodeo de

⁴³ Jeffrey L. Klaiber, “The Popular Universities and the origins of Aprismo, 1921-1924”, *Hispanic American Historical Review*, 55 (1975), pp. 693-715, p. 704.

⁴⁴ Edward Shils, art. “Intellectuals”, en David L. Sills, ed., *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, 1975, vol. 6, pp. 136-149.

⁴⁵ Edward Bradford Burns, *La pobreza del progreso: América Latina en el siglo xix*, México, Siglo xxi, 1990, p. 100.

⁴⁶ Robert Bazin, *Historia de la literatura americana en lengua española*, 2ª ed., Buenos Aires, Nova, 1963, p. 43.

⁴⁷ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (1970), Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1982, pp. 131ss.

señor feudal en la contemplación de sus haciendas.⁴⁸ Más profundamente, la naturaleza concentraba una serie de gratas evocaciones de inocencia, simplicidad y recato, con lo que lograba simbolizar a la mujer ideal, moviendo otros mecanismos psicológicos profundos en la jerárquica y patriarcal cultura criolla.

Todo ello nacía de una situación vital que era complemento de la ideología fuertemente citadina que he comentado. Mucho de herencia confluía también aquí: milenios antes se había conformado en el Mediterráneo la imagen idealizada del campesino ajeno a los vicios de la urbe. Es figura recurrente para las escuelas literarias o filosóficas que aspiran a centrarse en la naturaleza y en quienes ella cobija amorosa. Estoy hablando de Jenofonte, del idilio de época helenística que fue copiado siglos más tarde por los humanistas y dio origen a la novela pastoril, de la sensibilidad inaugurada por el romanticismo o de la plétora de dramas rurales de la novela popular o de Hollywood. Tan asentado está el motivo que conoce también su refutación sarcástica, desde el *beatus ille* de Horacio a la novela *Là bas* de Karl-Joris Huysmans.

Como ha sido dicho cantidad de veces, se trata de reacciones propias de letrados urbanos que vivían en sociedades abrumadoramente rurales pero con un predominio social de los ciudadanos, y se incubaban al calor de las contradicciones sociales circundantes: el robusto y virtuoso rústico exhibido tiene los contornos de un pequeño propietario feliz, y su sólida moral está destinada a ocultar las desagradables realidades del proletariado rural pero sobre todo las tristezas urbanas del Viejo Mundo, el hacinamiento, las enfermedades, el vicio y las revoltosas clases populares.⁴⁹

Si semimítico del otro lado del Atlántico, semiinexistente era de éste el mentado rústico, aunque los proyectos nacionales insistieron en el *farmer* como el poblador ideal, que a inicios del siglo xx todavía asoma en los proyectos del peruano Francisco García Calderón. Apuntando siempre al futuro, la mirada señorial de los criollos podía dudar entre la condena del inmoral rústico realmente existente y la exaltación de sus imaginarias virtudes, pero insistía en la feracidad inagotable de los campos y los ganados, los de sus estancias y los de las naciones que como casta regían.

⁴⁸ Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana: derrotero para una historia espiritual del Perú*, tomo 6, *Naturalistas, ideólogos y modernistas*, Asunción del Paraguay, Guaranía, 1951, pp. 39, 106, 296-297.

⁴⁹ Julio Caro Baroja, "La ciudad y el campo: una discusión sobre viejos lugares comunes" (1959), en *id.*, *La ciudad y el campo*, Madrid/Barcelona, Alfaguara, 1966, pp. 11-36.

6. *El desplazamiento de la naturaleza*

CAMBIOS profundos en el complejo de ideas aquí visto se esbozaron en las primeras décadas del siglo xx. Se han encontrado en José Martí vislumbres protoecologistas,⁵⁰ que podríamos considerar otra fantasía de sus apologetas si no tuviera paralelos significativos: la imaginación de utopías rurales pero sobre todo la aparición de libros como *Sertones* (1906) de Euclides da Cunha, continuados con las novelas de la selva, centralmente *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera o *Canaima* (1935) de Rómulo Gallegos. En las nuevas producciones la clásica oposición civilización-barbarie, que tejía las metáforas básicas de los cantores de la Arcadia, era desplazada por la de hombre-naturaleza. Esta última, personificada, no era solamente idílica, podía ser peligrosa, podía ser mágica y tenía un robusto componente sensual.⁵¹

Traducirla fue tarea también de las artes figurativas. Los críticos aconsejaron, a la par de sociólogos e historiadores, observar la realidad: “Abrid vuestros ojos y ved vuestra patria”, suplicaba el argentino Fernando Fader (1882-1935), de padre alemán y madre francesa, que prescribía la temática de la naturaleza regional como modo de afianzamiento nacional.⁵² En torno de 1910, para un grupo de pintores “toma absoluta primacía la Naturaleza venezolana”. En Perú la decoración doméstica empezó a incluir ese tipo de cuadros.⁵³ No sólo era cuestión de motivos: al elogiar la pintura de Tarsila de Amaral y confrontarla con la anterior, Mário de Andrade señalaba que esta última de brasileño sólo tenía el tema, mientras la de Tarsila conjugaba toda la realidad plástica, formas y colores, para lograr un efecto brasileño.⁵⁴

Si buscamos las causas, observamos que la producción y demanda de paisajes pictóricos respondía al desarraigo de los pintores que estudiaban en las capitales europeas, a la nueva sensibilidad cansada de las manolas o canales italianos, pero sobre todo a importantes pro-

⁵⁰ Guillermo Castro Herrera, “Naturaleza, sociedades y cultura en José Martí”, *Cuadernos Americanos*, núm. 51 (mayo-junio de 1995), pp. 92-121.

⁵¹ María Helena Rueda Gómez, “La selva en las novelas de la selva”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (CELACP), año 29, núm. 57 (2003), pp. 31-43.

⁵² Jorge López Anaya, *Historia del arte argentino*, Buenos Aires, Emecé, 1997, p. 88.

⁵³ Mariano Picón Salas, “Perspectiva de la pintura venezolana”, en *La conquista del amanecer*, José Manuel Sariol, sel. y pról., La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 282; Mirko Lauer, *Introducción a la pintura peruana del siglo xx*, Lima, Mosca Azul, 1976, pp. 49ss; Álvaro Medina, *Procesos del arte en Colombia*, s.l., Instituto Colombiano de Cultura, 1978 (*Biblioteca Básica Colombiana*), p. 61.

⁵⁴ Mário de Andrade, “Tarsila” (1927), en *Arte y arquitectura del modernismo brasileño (1917-1930)*, Aracy Amaral, comp. y pról., José Carlos Serroni, cron., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 51.

cesos sociales expresados en la citada anotación de Eduardo Mallea que nos obliga a mirar hacia otras esquinas, hacia la serie de cambios que han sido resumidos con el nombre de modernización, y sus correlatos de urbanización, industrialismo y democratización. Cambios imbricados de alguna forma con el reforzamiento del Estado y el debilitamiento de la hegemonía social de los terratenientes criollos bajo los golpes de una serie de revueltas campesinas, de las cuales la más conocida es la Revolución Mexicana.

Los nuevos lenguajes fueron urbanos. El argentino Manuel Ugarte centraba la atención de su viaje cívico por América Latina en los paisajes urbanos y relegaba a segundo lugar los rurales.⁵⁵ En la composición de las más conocidas novelas de la selva, *La vorágine* y *Canaima*, se ha investigado cómo interviene una influencia más indirecta y libre de lo que se puede pensar. Sus autores derivaron el tema de una serie de narrativas anteriores, menos conocidas, cuando ya el fenómeno de la explotación estaba desapareciendo, y lo adornaron con circunstancias más bien míticas, gracias a las cuales la selva se convirtió en gran medida en una metáfora de la sociedad urbana.⁵⁶

Por fin penetraba el Estado criollo a zonas antes poco conocidas: de ello da ejemplo la aventura personal de Horacio Quiroga en la selva misionera pero sobre todo las andanzas por motivos laborales de José Santos Chocano o de José Eustasio Rivera en selvas similares. Este último y otros menos conocidos trasladaron a la creación literaria la explotación capitalista de los bosques de Centroamérica o del Chaco, de las cuencas caucheras del Amazonas y el Orinoco. El imperialismo codicia la naturaleza americana, declamaba Manuel Ugarte⁵⁷ y el ansiado desarrollo material mostraba caras inesperadamente negativas en lo social y ecológico.

Todo ello encontraba una mirada receptiva en un público urbanizado y con horizontes urbanos. Fue el que impulsó los primeros desarrollos del turismo interno, el que dio a las postales paisajísticas su auge y sus coleccionistas⁵⁸ y gustó en la inicial cinematografía de las “vistas”

⁵⁵ Claudio Maíz, “Ensayo, viaje y memoria: lectura de *El destino de un continente* (1923) de Manuel Ugarte”, en Liliana Weinberg, coord., *Estrategias del pensar, 1*, México, CIALC-UNAM, 2010, pp. 157-188, esp. pp. 163-164.

⁵⁶ Waldo Ross, “La mística de la selva en la literatura latinoamericana”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), año 25, núm. 160 (1963), pp. 65-76; Rueda Gómez, “La selva en las novelas de la selva” [n. 51].

⁵⁷ Maíz, “Ensayo, viaje y memoria” [n. 55].

⁵⁸ Graciela Silvestri, “Postales argentinas”, en Carlos Altamirano, ed., *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel/Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 111-135.

naturales.⁵⁹ Se estableció que la naturaleza no sólo estaba para ser explotada, sino también protegida y se quiso impulsar una nueva relación entre el hombre americano y su entorno natural. En concordancia con la actitud citada de los conferencistas de la Universidad Popular Peruana, la primera literatura ecologista apareció en Brasil por obra de Artur Orlando⁶⁰ y las primeras reservas naturales se crearon en esa época, iniciando paralelamente la lucha por el conservacionismo.⁶¹

No desaparecieron los tradicionales vicios: Carlos Tur ha descubierto en las manifestaciones de la reacción aristocrática del México de principios del siglo xx una insistencia novelística y pictórica en los paisajes despojados de figuras humanas y en el lento devenir de la naturaleza,⁶² símbolos que aparecen también en la *Égloga trágica* (1910-1911) del ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide. La amiga o amante de éste, Teresa de la Parra, hablaba de novelas con “andaluces o valencianos de Blasco Ibáñez dentro de panoramas criollos llenos de pájaros, mariposas y toda la fauna y la flora demasiado maravillosas para ser descritas”.⁶³ Sempiterna posición latinoamericana de quien pretende copiar la vida y copia los libros de otros, como hizo Ezequiel Martínez Estrada, para el cual la naturaleza es elemento básico en la explicación de Argentina, pero que no sentía ningún “arobo místico” ante ella, ni gustaba recorrerla a caballo, prefiriendo conocerla por los libros del inglés Guillermo Enrique Hudson.⁶⁴

⁵⁹ Marta Morera Salas y Grace Aguilar Cedeño, “La patrona del mar en la pantalla: cine y cultura popular en Puntarenas, 1899-1925”, *Temas de Nuestra América* (Heredia, Costa Rica) núm. 25 (1996), pp. 89-105.

⁶⁰ Marcela Varejão, “Artur Orlando (1858-1916) como precursor da sociologia ambiental no Brasil”, en Hugo Cancino y Rogelio de la Mora, coords., *Ideas, intelectuales y paradigmas europeos en América Latina*, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2007, pp. 437-467.

⁶¹ Eugenia Scarzanella, “Las bellezas naturales y la nación: los parques nacionales en Argentina en la primera mitad del siglo xx”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies* (Amsterdam), núm. 73 (octubre de 2002), pp. 5-17; Nicolás Cuvi, “Misael Acosta Solís y el conservacionismo en el Ecuador, 1936-1953”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Universidad de Barcelona), vol. 9, núm. 191 (15 de junio de 2005), en DE: <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-191.htm>>.

⁶² Carlos M. Tur Donatti, *La utopía del regreso: la cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006, pp. 20, 29, 31.

⁶³ Carta a Vicente Lecuna, 1930, en Teresa de la Parra, *Obras (narrativa, ensayos, cartas)*, Celia Bosch, sel., estudio crítico y cron., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 554.

⁶⁴ Andrés Kozel, *La Argentina como desilusión: contribución a la historia de la idea del fracaso argentino (1890-1955)*, México, Nostromo-UNAM, 2008, pp. 236-237 y p. 271, nota 149.

Eran rezagos sin embargo. Si a fines de la Colonia el acento en la minería fue desplazado por el acento en la riqueza agrícola, ahora una serie de autores afeó a sus predecesores haber abrigado por ignorancia un excesivo entusiasmo en la inmensa riqueza americana. La triste historia de Policarpo Quaresma, tal como la relata Lima Barreto (1911), es el recuento de esa decepción, que también estaba experimentando el México porfiriano, como expresaba en 1902 Carlos Díaz Dufoo y otros Científicos.⁶⁵ Junto a las novelas de ambiente selvático nacía con brillante futuro la nueva literatura urbana: la pequeña ciudad provinciana de Ramón López Velarde, la megalópolis de Roberto Arlt o la sociología urbana serán dominantes en el siglo xx como dominante había sido el idilio rural en el xix.

Ello no quiere decir que por fin nuestras sociedades llegaran a pactar con la naturaleza, pero al menos acabaron con la farsa centenaria y el ocaso naturalista verá reaparecer la sinceridad de la obra de Bernardo de Balbuena, en la forma de versos como los de un poeta modernista, el cubano Julián del Casal:

Tengo el impuro amor de las ciudades
y a este sol que ilumina las edades
prefiero yo del gas las claridades [...]
Más que el raudal que baja de la cumbre
quiero oír a la humana muchedumbre
gimiendo en su perpetua servidumbre.⁶⁶

⁶⁵ Richard Weiner, "El declive económico de México en el siglo xix: una perspectiva cultural", *Signos Históricos* (México, UAM-I), núm. 12 (2004), pp. 68-93.

⁶⁶ Julián del Casal, "En el campo" (1893), en *Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*, Esperanza Figueroa, ed. crítica, Miami, Universal, 1993, pp. 357-358.

RESUMEN

La cultura criolla ha visto desde sus orígenes a la ciudad como centro principal de referencia, con una consideración bastante despectiva del campo y la naturaleza. Sin embargo, sus producciones literarias e ideológicas, desde el siglo XVIII, han insistido en la exaltación de la naturaleza americana. Esta contradicción se explica por el papel ideológico asignado a la utilización (bastante artificial) del paisaje. Las nuevas formas del nacionalismo desde fines del siglo XIX modificaron los términos: por un lado se buscó una percepción más verdadera de la naturaleza, por otro la ciudad se convirtió en el centro de la elaboración literaria y ensayística.

Palabras clave: ciudad América Latina, naturaleza América Latina, paisaje América Latina, cultura criolla, nacionalismos América Latina.

ABSTRACT

Creole culture, from its very origins, has regarded the city as its main point of reference, with a rather disparaging view of country and nature. However, since the eighteenth century, its literary and ideological oeuvre has also exalted American nature. This contradiction is explained by the ideological role assigned to the (rather artificial) use of the landscape. New forms of nationalism from the late nineteenth century changed this: on one hand, a more accurate account of nature was sought and, on the other, the city became the center of literary and essay production.

Key words: Latin America city, Latin America nature, Latin America landscape, Creole culture, Latin America nationalism.